

SOBRE EL DOLOR METAFISICO

por EDUARD SPRANGER

La vida humana es un proceso que se desenvuelve y consume en el tiempo objetivo. El tiempo objetivo es el orden de sucesión del acontecer, mensurable por medios humanos en forma válida para todos. Nacer y morir son los límites de la vida. En rigor, ni el principio ni el fin podrían señalarse aquí con un punto en una línea a la manera de los matemáticos. Se considera pertinente atenerse a procesos físicos cuando se pretenden determinar los límites de la existencia humana. Al nacimiento ha precedido la concepción y a la muerte precede el morir, cuyo comienzo no puede ser fijado de modo inequívoco.

A. La determinación de los límites de la vida humana individual por los procesos físicos y por las puntuaciones en la presunta línea inequívoca, que deben simbolizar al tiempo objetivo, evidencia fallas indiscutibles. Pero en un aspecto no puede negarse el rigor a que aspira la ciencia. Aplicando este procedimiento puede determinarse con exactitud el instante en que el proceso vital cesa definitivamente: la muerte. Parece, pues, algo claramente determinable para el criterio humano. El antes y el después son absolutamente distintos estados... del cuerpo.

Responde a esto el desplazamiento del embrión, su salida del claustro, del *cuerpo* de la madre, instante temporalmente determinable con bastante exactitud en el proceso de la construcción del tiempo objetivo. Los problemas de la mensurabilidad del tiempo en general pueden quedar al margen en la presente consideración. Para la práctica, es decir para la determinación jurídica competente del proceso de la vida individual, basta la hora del reloj. Se parte, pues, de señales, observables por los sentidos, del cuerpo que pertenece a un individuo o le representa.

B. Con semejantes testimonios nos movemos en el *reino de los sentidos*. Sus datos aparecen ya, ciertamente, conceptualmente elaborados. El *reino de los sentidos* es algo completamente distinto. En nuestra interrogante sobre el sentido de la vida humana, incluso sobre el sentido de *esta* existencia personal, nos atenemos ciertamente a aquellos hechos aprehensibles por los sentidos. Pero empezamos a "indicar" algo

La trinidad cuasimítica de esos grandes señores del pensamiento alemán, Spranger, Heidegger, Jaspers, ha quedado reducida a binidad: Spranger ha muerto.

El insigne filósofo, psicólogo y pedagogo, ha dejado una tan honda huella en la cultura del mundo occidental y una tan vasta obra (en 1938 su bibliografía contaba 777 títulos y fue después aumentada considerablemente), que su consideración rebasaría con mucho lo aquí propio de la ocasión y adecuado al espacio. Fueron sus obras cardinales la "Psicología de la edad juvenil" y "Formas de vida" (traducida ésta para la Revista de Occidente por Ramón de la Serna). Entre lo posteriormente publicado mencionaremos tan sólo "La magia del alma" (1947), "El Dios incógnito" (1951 y 54) y finalmente su última producción, escrita "ya con el pie en el estribo", que tenemos el privilegio de brindar aquí a nuestros lectores.

Había nacido Eduard Spranger en Berlín, en 1882. Sus restos fueron inhumados en Tubinga, el 21 de septiembre de 1963, cerca de la tumba de Friedrich Hölderlin.

que con los sentidos condicionados físicamente es sencillamente inasequible. No *veo*, por ejemplo, en la vida del fallecido que ante mí yace, estos o los otros contenidos que han desempeñado decisivo papel: que ha pugnado con fatiga por el cabal sentido de su existencia y que ha sufrido, al cabo, con gran dolor, en la conciencia de haber fracasado en esta pugna. Pero es que tampoco *veo* en un edificio la determinación de su finalidad: sólo la deduzco de otras conexiones de sentido que me han sido aseguibles por anteriores experiencias en la esfera de lo espiritual. En la vida cotidiana no establezco, en absoluto, con el pensar, diferenciación alguna entre lo dado por los sentidos y lo que el sentido espiritual otorga. Ahora bien, la diferencia es evidente. Comienzo y fin de la vida sólo físicamente condicionada, por ejemplo, en modo alguno coinciden con la conciencia de que en la vida rige una problemática de sentido. Igualmente, cuando tengo ante mí el cuerpo, sin alma ya, de un fallecido, de un "acabado", ese cuerpo no me revela lo más mínimo sobre si el camino de su vida fue "acabado" también en el sentido espiritual y qué es lo que por esto ha de entenderse. ¿Quién podrá descubrir cuándo los actos de comprender el sentido, de otorgar sentido, incluso de buscarle, dan fe de vida en una conciencia infantil? ¿Quién puede decir cuándo esta luz singular se extingue y desaparece? A la pregunta sobre dónde "se queda" ese contenido, auténtico y logrado, fallido acaso, no puede darse respuesta por estar inadecuadamente formulada. ¿Claro que génesis y desdoblamiento de la vida a través de sus fases normales de evolución es un proceso guiado por el sentido! Ya en la naturaleza rige un principio espiritual, es evidente. Pero entre este crecer y decaer y el sentido "verdaderamente espiritual" de la vida, hay un largo camino. Y hemos de confesar que sobre el puente que de lo uno lleva a lo otro no nos hemos formado una cabal idea. La lucha por la realización del sentido, que realmente constituye el núcleo de la vida humana, empieza, para el observador, en "algún momento" y de "algún modo". Nos conformamos, por lo demás, con tres muy generales proposiciones que suenan a atisbos esenciales, pero que no expresan otra cosa que muy generales experiencias:

1. El proceso de la búsqueda de sentido se atiene siempre a una unidad de vivencia que llamamos alma individual.

2. Esto apto de vivencia y de pensamiento se atiene siempre a un organismo que llamamos el cuerpo humano.

3. Una estructura psíquica, no sustentada, ni hecha posible por un organismo físico, no es conocida por nosotros, seres humanos, justamente organizados de este modo.

Si alguno alegara que no sabe qué es eso de búsqueda de sentido y que ya por ello no puede considerarlo tan importante, habrá que perdonarle esta ignorancia. En realidad en cada una de nuestras expresiones hay mucho de ambigüedad y vaguedad, lingüística y objetivamente. Pero habrá que aceptar que iniciamos nuestras reflexiones en formas fundamentales del hablar y el pensar, ya desarrolladas. En nuestro caso tratase por lo pronto sólo de reconocer que es fundamental la diferencia entre el proceso de la vida, cuyo comienzo y fin y demás momentos pueden ser determinados matemática, física y fisiológicamente, y el contenido, por interpretación del sentido aprehensible, de la misma vida, por la que el correspondiente sujeto se desvive, sufriendo y obrando, pensando, meditando, desesperando, luchando. Lo primero es, en cierto modo, exteriormente objetivo, lo segundo, íntimo, y nunca suficientemente accesible para otro sujeto.

Si en lo primero se requerían medidas y hechos temporales para determinar comienzo, transcurso y fin de la existencia individual, en lo segundo el problema ofrece mucha mayor dificultad. Porque, ¿de dónde se puede sacar el viviente o conviviente normas y medidas para asir el sentido esencial —lo "sensato"—, incluso la insensatez de una existencia? Dicho de otro modo: ¿dónde y cómo se me revela el sentido esencial de mi vida, distinto del sentido esencial de su vida? ¿Qué es lo que sencillamente me mueve a hablar de todo esto, a hablar de que, entre su principio y su fin, mi existencia tiene un sentido, o debería tenerlo, incluso un sentido que podría fracasar?

La muy provisional respuesta reza así: la reflexión sobre mi vida va acompañada de estados de ánimos, que, en contraste con sensaciones y sentimientos transitorios, arrojan un índice referido a lo que significaría consumir esta existencia y colmarla de contenidos justos y verdaderos. "Emoción vital" haría recaer el acento sobre lo emocional en forma excesiva. Los griegos llamaban al fenómeno positivo, a la posibilidad de cumplir, de colmar con la dádiva de los valores, "eudaimonia", lo que literalmente quiere decir estar poseído por un buen demonio (un buen espíritu). El lenguaje religioso llega a aventurar la expresión "la paz de Dios". Pero tanto el objeto como el lenguaje reclaman aún mucha investigación, mucho estudio.

D. Sería muy superficial ver en el sentimiento básico que los antiguos llamaron eudaimonia el indica-

dor de los grados de la euforia en una monodimensional escala. Con la expresión "colmar" axiológicamente, con la virtud de los valores, por lo tanto, hemos intentado ya salir al paso de esta interpretación. Hay, realmente, muy diversos modos de "bienaventuranza" y muy diversos vicios que al cabo alimentan su engrosado caudal. Recurramos a la topicidad de los términos para elucidar la urdimbre de la vida del espíritu. Nuestra vida psíquica está determinada por contenidos de sentido y valor que se vinculan a objetos (a obras, por ejemplo). Está además incrustada, inserta, en comunidades que traen consigo un espíritu de grupo de cuño especial en cada caso. Tropezamos finalmente con exigencias, que, en forma de normas sociales u objetivas obligatorias, apremian la conciencia. Todas estas fuerzas espirituales determinan al sujeto espiritual dotado de conciencia.

Habrà aquí que preguntar "por dónde anda" ese centro que todo lo acoge y elabora, cabalmente el alma, y qué es, en qué consiste. Pues como un yo, en forma de una especie de punto en los entresijos, o en el corazón o en el cerebro, no la podemos ya imaginar tras haber averiguado algo de la muy articulada estructura de la vida espiritual.

No se deberá olvidar tampoco que el alma estructurada, de espiritual gracia plena, está articulada a su vez a un proceso histórico en el que las formas se moldean y transforman, la virtud operante se vigoriza y las exigencias se hacen más refinadas. Ciertas estructuras entrañadas del sentido se mantienen constantes. Ahora bien, ya en el estrato biótico se dan metamorfosis. No tropezaremos jamás con una persona no moldeada y traspasada por el espíritu histórico. Preguntemos nuevamente: ¿qué es cabalmente el alma, ese núcleo de vivencia con unidad y continuidad, a cuyo cargo están, en parecida forma, todas las vivencias y todos los actos como el sujeto cartesiano, el "yo pienso", el "cogito"?

De acuerdo con lo anterior se comprende que una doctrina de la bienaventuranza sería algo mucho más complicado que en los tiempos en que uno se conformaba con declarar sencillamente a un sujeto dotado de conciencia, digno o indigno de la bienaventuranza. Lo que ha llegado a ser "contenido" de un alma le ha dado forma y ha sido moldeado por ella.

Acaso no se llegue lejos en la exploración de misterios de tanta hondura. Pero hay un fenómeno que, desde la ribera opuesta, clava un haz luminoso en la caligine. Aludo a un fenómeno de contraste, a una desventuranza, que, independientemente de todo cambio de épocas y culturas, penetra, con incisión de filos, en el corazón del hombre de todos los tiempos. Y no habrá duda ya de que se nos ha situado a las

puertas de lo metafísico cuando tamaño golpe se nos convierte en destino y fatalidad.

II

A. A la plenitud o ventura corresponde, como polo opuesto, la privación o el sentimiento básico de la desventura. El lado negativo se presenta en tantos matices como el positivo. Se observa ya en la opulencia de términos, con diversas gradaciones. Encontrar el polo opuesto que corresponde en cada caso no es tarea fácil. Júbilo y melancolía, alegría y tristeza, raptó y depresión... se advierte ya aquí que el lenguaje se ha ido elaborando en forma más ocasional que sistemática. Las combinaciones de contraste no siempre son muy llanas.

Hablaremos a continuación sobre el dolor metafísico. Y también éste habrá de ser considerado sólo en una forma: en la del dolor que se apodera del que sobrevive cuando dos seres que se aman son separados por la muerte de uno de ellos. Como el amor entre seres humanos puede tener muy diverso sentido, se presenta también este especial dolor metafísico en amplias particularizaciones.

Ahora bien, siempre se trata de "dolor". Es algo que al hombre le ocurre, un destino que sobre él se descarga, no algo que él se hace. Hasta qué punto depende de él atenuar y amoldar lo acontecido, incluso superarlo, acaso, es algo que a un principio no puede plantearse. Cierto, en el fondo alienta, desde el primer instante, el deseo de saberlo. La cuestión puede también formularse preguntando de dónde sacar fuerzas para superar el dolor metafísico de la especie del indicado. Pues todo dolor humano trae ya consigo el apremio de defensa y superación.

En esto el dolor metafísico es comparable al dolor físico. Todos quieren librarse de él. Otra semejanza no puede presumirse con la misma seguridad. No responde sin excepción a los hechos que un dolor físico sea síntoma de un trastorno corporal y menos aún que sea garantía de salud la ausencia de dolor (1). Nos movemos en un terreno cuyos fenómenos han sido aun poco investigados. Arriesgamos, no obstante, el experimento de aplicar el procedimiento de indicaciones de la psicología fisiológica y biológica a dolores y miserias del ánimo puramente psíquicos. Obtendríamos así la idea cardinal de que "semejante experiencia de desventura es indicio de la perturbación de un orden". Dicho con más decisivo sesgo: "Cuando un ser humano sufre profundamente en su alma es señal de que algo no anda en su psíquico-espiritual esfera de vivencia como debiera andar. Y

(1) V. Sauerbruch-Wenke, "Wesen und Bedeutung des Schmerzes", 2ª edic., Francfort 1961, p. 128 ss.

si este dolor tiene el carácter de una conmoción metafísica de su existencia, la perturbación alcanza entonces a las masas del mundo y de la vida humana jamás desentrañadas".

¡Una hipótesis, se dirá! ¡Acaso sólo una hipótesis, por ventura! El proceso de las ideas contiene aquí, a su vez, el requerimiento de buscar, frente a todo campo de perturbación peculiarmente creado, el orden saludable que se refleja en estados de ánimo positivos. Ahora bien, requerimiento semejante no ha de traer consigo necesariamente la garantía de que su imperativo se cumpla en alguna esfera objetiva del ser. Podría ocurrir que el dolor metafísico sea algo que capciosamente nos asedia en forma de eterna nostalgia sin sosiego. De ninguna otra cosa tenemos aquí, por lo pronto, certidumbre que no sea justamente el hecho de este dolor. Dentro del mundo y los vitales nexos al hombre accesibles, de modo alguno faltan estas fallas de lo no alcanzado, ni cumplido. Piénsese en un amor "desgraciado" o en la tortura de la culpabilidad fuera de las religiones de redención o en una vida frustrada definitivamente. Viceversa, debe dejarse en franquía la posibilidad de que todos estos "agujeros de la vivencia" puedan ser indicaciones que se nos hacen sobre conexiones de la esencia y del mundo, "aquí y ahora" todavía oclusas. Tan herméticas, que el nombre que aquí se le da es *simple* mito. Ahora bien, una vez necesariamente introducido ese mito no es inconcebible que el orden del mundo a que alude sea el "mundus archetypus" y que nuestro "órgano del mundo y la norma terrenal" sólo nos haya hecho accesible un "mundus ektypus", un mundo de sombras.

B. Lo que pueda alegarse *para* semejante proceso de ideas deberá ser desarrollado en tres fases. Será finalidad delimitar el dolor metafísico frente a otras "pasiones" y exponer por qué "algo así como" otro mundo irrumpe con él en el cotidiano.

1. Ya en la época helenística de la historia del espíritu europeo se había abierto paso la convicción de que lo que es cabalmente orden, o lo que es como debiera ser, responde a la pauta de la *razón*. Esta puede ser entendida como razón del universo o como equipo de la persona individual. Tanto en la primera como en la segunda significación y en ésta especialmente, sería la razón algo activo o configurador. Lo que la contradice sería, pues, "passio" o "affectus". Según esta doctrina la razón debería imperar, en lo que la antiquísima teoría de los afectos tiene su origen. Quien vive según los imperativos de la razón, obedece al mandato de la esencial entraña, tanto del mundo como de sí mismo. No se dejará llevar al desvío por

influjos extraños a la esencia. El tardío estoicismo puede servir aquí de principal ejemplo.

En todo esto el hecho de que haya muy activas pasiones acarrearé un cúmulo de dificultades. Podemos, aquí, hacer caso omiso de ellas. En resumen: se aconsejó al hombre aspirar a la tranquilidad de la razón. La razón tranquiliza, además, por ser su testimonio y prescripciones de general validez. No agobia el ánimo con las pretensiones de una existencia demasiado singular. El destino humano es, en el fondo, el mismo para todos y en todos los tiempos.

Lo que en nuestra consideración llamamos "dolor metafísico" es ya también un "sobrellevar", al presuponer un destino. Pero en modo alguno es comparable a las pasiones que sacan de quicio a la razón: es una irrupción que significa una conmoción esencial total, íntegra. Y en contraste con la razón y su regularidad, es lo por completo individual, íntimo, lo que le otorga su ímpetu arrollador. Este rasgo de singularidad lo tiene ya todo amor crótico. Va acompañado de la conciencia de no haber amado *así* nunca a nadie en el mundo.

Lo metafísico no es, pues, ni lo racional de general validez, ni lo regular. Que el hombre debe morir, sobre todo el hombre viejo y enfermo, es algo por completo dentro del orden de las cosas. Y todos lo saben. ¿De dónde, entonces, la infinita tristeza que ninguna reflexión racional y ningún estoicismo son capaces de superar? Esta "tristitia" no es de la misma naturaleza que los grandes y pequeños sufrimientos que el curso de la vida trae consigo. Por el contrario, aparece estigmatizada por el desgarrador "¡nunca de nuevo!". No se la debe, pues, relacionar con la razón, con la que se puede hablar razonablemente, sino con la entrega, con el abandono del hombre al sino siniestro de lo percedero. La vinculación al tiempo es lo que aquí desemboca en crisis. El dolor metafísico es la infinita tristeza sobre el destino de la temporalidad. Quien quiera librarse de ella con las palabras de consuelo "el tiempo todo lo cura" demuestra con ello no haber penetrado en la hondura de su peculiaridad. Inversamente debería decirse, lamentando, que "el tiempo todo lo destruye. Incluso llega a embotar el dolor metafísico". Su criterio decisivo, no obstante, es que algo supratemporal irrumpe en él. La esencia de este supratemporal permanece oculta, incógnita. Sólo el negativo "nunca de nuevo" es perceptible, y desgarrará el corazón.

2. La vieja teoría de los afectos ha sido recordada aquí sólo con el objeto de demostrar a qué género de dolores del alma no aludimos. Hay el más abigarrado cúmulo de afectos (pasiones). Y hay muchos modos de superación y de autosuperación a los que el hombre puede recurrir.

Pero hay un dolor que se enhiesta sobre todos estos estremecimientos y al que en ningún caso podrá situarse en el mismo plano del acontecer: el dolor por la muerte de un ser humano al que nos unía el amor en lo entrañable de la esencia. Ya la muerte misma no puede compararse a ningún golpe del destino que pueda sobrevenir en el curso de la vida. Al inclinado a esos entrañados sentimientos la muerte le saca del buen o mal orden del mundo que nos es familiar. Tomada en lo puro material, la muerte es ruina. Es desaparición en un modo distinto del ser. A la despedida que impone debe, pues, llamarse *separación metafísica*. Algo se sale aquí también del orden establecido.

¿Trátase aquí solamente de ruina o de un distinto orden del mundo que irrumpe? Lo primero tiene en sí toda la probabilidad. Esa vida de la temporalidad de que hemos partido, ha llegado aquí realmente al fin. La parálisis de los sentidos nos lo dice. Y con ello deberá conformarse aquel para quien sólo existe el mundo aprehensible por los sentidos. Todo objeto ligado a lo material se gasta alguna vez. Todo ser humano —si sólo le concibe como objeto— se gasta también. Sobre el objeto destruido podrá uno afligirse un poco. Pero no "sufrir" verdaderamente.

Algo distinto del testimonio de los sentidos es el efluvio, la irradiación que emana de la búsqueda de sentido. Ya en vida no era visible, ni asible, esa espiritual entraña, que, inserta en la urdimbre de la comunidad de los hombres de pensamiento y espíritu, creó valores, pensó ideas, experimentó destinos, tuvo que atribuirse una determinación, inquietada y llevada por una enigmática conciencia, y fue capaz de presentir por lo menos un amor que parecía ser prenda de salvación frente a todas las destrucciones de este mundo. El misterioso hecho de que la tan natural destrucción en un mundo espacial y temporalmente contracto traiga consigo, no obstante, un dolor que ningún restablecimiento, ningún sustituto puede curar, acucia el presentimiento de que existe otra interpretación del "fin", ciertamente para un sensorium del ser humano completamente distinto de su receptividad vinculada a lo físico. Podría tratarse de *el ser metafísico*, que aquí enarbola un dolor de metafísico poder.

"Probable" no puede ser esta interpretación, ya que las fronteras, dentro de las cuales suele algo "pareceros verdad", han sido claramente rebasadas. El "ser completamente distinto" se incluye en la esencia de lo que aquí nos sale al encuentro. O dicho con más audaz terminología:

Justamente la separación metafísica es lo que hostiga la manifestación de lo trascendente (el otro orden del mundo) para nuestra vivencia. Y al deber atenernos, como seres humanos, a la imagen intuitiva, esto

trascendente sólo podrá ser parafraseado en la forma del mito. No es casualidad que Platón, que como filósofo había superado al "mero" mito, le haya santificado de nuevo en un sentido completamente distinto y más legítimamente fundamentado. La separación metafísica nos pone en trance —si una substancia de sentido de la vida ha de salvarse— de *reclamar* el otro mundo. Así ha interpretado ya Kant la conexión. La muerte sería así el umbral sobre el que atisbamos el "reino del más que vida" con el presentimiento. En quien vuelve la vista al "aquí abajo", al más acá, el dolor infinito es como la voz elegíaca del ido con la separación.

La interpretación inversa, la de que la persona espiritual ha quedado definitiva y visiblemente destruída, es, de hecho, mucho más corriente. Nos aferraríamos a ella, dentro de la norma de nuestro esquema de criterio físicamente condicionado. Ahora bien, ¿por qué no nos conformamos, no nos *tranquilizamos* con esto corriente? ¿Por qué sobreviene, justamente sobre esa frontera, la suprema angustia del corazón? Quien está firmemente convencido de que hemos nacido "mortales" habrá de conformarse fácilmente con el hecho de que más tarde o más temprano debemos morir, en todo caso "en el tiempo". Este morir no nos diría otra cosa que el instrumento de la vida —el cuerpo— está gastado. La muerte como acto natural nos es enseñada por todas las formas superiores que participan en el proceso de la vida. Ahora bien, en el mundo que el espíritu colma, pudo abrir vereda algo nuevo totalmente y ya no "perdido en el tiempo". Sólo entonces sería el morir una separación metafísica. Su reflejo vivencial en el mundo temporalmente maniatado sería *el dolor infinito*.

Podemos elegir entre ambas interpretaciones de la muerte, pero no de modo que podamos atisbar sobre el umbral y poblar el más allá de toda clase de fantasías. Pues para el viviente "más allá" todo detalle se mantiene oscuro. Esto incógnito se refleja en el alma sólo como dolor infinito. Infinito ha de llamarse —y esto es de decisiva importancia— *porque ningún tiempo lo cura*. No cederá porque la memoria vaya poco a poco languideciendo. Pues el dolor que *aquí* abre herida no procede de hechos que cuanto más lejanos van quedando más importancia pierden. Es una señal de otro mundo. Por eso es tan totalmente irreducible. Ni siquiera es un dolor que —a la manera de estoicos, por ejemplo— deba ser dominado. *Debe* quedar, estar ahí como el monumento de una vivencia en la que el más que vida ha sido atisbado con el presentimiento. En nuestra perplejidad hablamos de "vida eterna".

Ahora bien, toda esta estructura de ideas sería una muy artificial construcción si nuevos pilares no vinie-

ran a mantenerla. Allende la separación metafísica hay contenidos de sentido de la vida que no pierden su significación cuando la vida ha llegado "su fin" en el tiempo.

3. Aún no se ha aclarado suficientemente dónde ha de buscarse el verdadero origen de la teoría de los dos mundos. En su período medio, especialmente Platón, le dio forma con muy hondo designio. Participan en ella influjos órficos. Pero qué formas míticas, cultos y misterios encontró Platón en la baja Italia sólo fragmentariamente es conocido.

Un curioso papel representa en estos círculos el mito del "desgarramiento". Aún hoy decimos que quien adolece del dolor metafísico ni conserva su patria en la tierra, ni se inserta en una nueva patria. Cuando el ánimo de la mitificación cesa, sólo con expresiones negativas puede aludirse "al otro" reino. De esta devota cautela es hija la llamada teología negativa.

Y, sin embargo, no se le puede negar al dolor infinito, o a la desventuranza, o al existir sin redención posible, una especie de carácter de revelación. A la palabra revelación se le atribuye aquí, ciertamente, una significación más amplia que en la dogmática teológica. ¿Cómo podría producirse semejante "desgarradura" en el ánimo del ser humano, si en la hondura no alenta-se por lo menos la silbante ascua oculta de una nostalgia sin nombre de redención y venturanza? Esta nostalgia no es satisfecha mientras el "espíritu" del hombre permanece encadenado al cuerpo, que, por así decirlo, le suministra las posibilidades de desdoblamiento. El dolor de la separación metafísica es, pues, el acicate que hostiga la conciencia de un trascendente. (El concepto de la "conciencia desgraciada", de Hegel, incluye puntos de vista que sólo dentro de su sistema tienen justificación).

En dos formas principales se manifiesta en la filosofía de Occidente la idea de que estas experiencias del dolor puedan ser fuente de revelación. Se habla de un *postulado* o de un *simil* (o bien de un jeroglífico, tras el cual se ocultan y desentrañan misterios sagrados). Reducido a su forma fundamental, el primer proceso de ideas viene a decir así: "Sólo bajo la premisa de que la vida tiempo-espacialmente vinculada tiene su plenitud de sentido *allende* ella misma puede adecuarse el proceso de la vida con el designio de un sentido que la colme. Si este requerimiento que rige en las símas del alma careciera de un último derecho de mandato, carecería sencillamente de sentido el existir, buscar y luchar entre el principio y el fin y ciertamente no sólo como totalidad, sino en cada momento y en cada paso". La más conocida forma de desarrollo de esta idea fundamental es la kantiana ("Crítica de la razón práctica", Dialéctica 2.iv). Ahora bien, se presta a múltiples variaciones.

La otra elucidación del carácter de revelación que se atribuye al dolor metafísico puede desdoblarse igualmente en múltiples aspectos. También aquí deberá intentarse una fórmula fundamental: "En el inagotable juego de dolor y alegría en que transcurre la vida del hombre hay oleajes de muy diversa alzada... o dicho con otra imagen: revueltos sumideros de muy diverso calado. El contenido —por así llamarle— de la vivencia toca en muy desigual medida a lo metafísico. Ahora bien, ninguna clave se acerca en tan quemante forma a los ocultos fundamentos del alma y del ser, como el dolor por la separación, dada por la muerte, de una criatura amada". Lo que este jeroglífico dice cabalmente se mantiene velado en el dolor que cada día nos punge.

Sólo un rasgo cobra realce más fuerte en la segunda interpretación que en la primera. El duelo no es por el ente general hombre, sino por un ser humano singular por completo; justamente por este *mi* ser querido que me han arrebatado. La audacia —ya sea la del postulado o la del jeroglífico— alcanza con esto su ápice. Muchos hablan aquí de una teología de deseos e ilusiones. ¡De veras! Para quien el mundo del *acacer* exento de valores, ordenado en el espacio y el tiempo según leyes naturales, es lo último y supremo, la búsqueda en semejantes símbolos enigmáticos tiene que parecerle insensata y la interpretación muy improbable. Ahora bien, quien deja vía a un oculto mundo metafísico no tiene por qué preocuparse sobre si un Dios presentido puede tan asombrosamente más que nuestros físicos modernos. Desde luego no faltan similes afines en los que el sentido es otorgado igualmente en toda su plenitud por la singularidad del caso: un amor que toca a lo metafísico es dirigido siempre al "uno sin par". Y la voz de la conciencia alude siempre a una situación decisiva absolutamente no reiterable y única.

La singularidad del objeto del amor del alma y la singularidad del deber perceptible en la voz de la conciencia, sólo pueden ser legitimadas rastreando su origen hasta lo metafísico. La idea de las *inderivables premisas* del sentido en la existencia humana no puede ser considerada aquí con mayor detalle. Bien, se trata de experiencias límite, de las que se siguen decisivas interpretaciones.

Está en el carácter del límite la inminencia de la tentación de cambiar el punto de mira. Se mira hacia allá. ¿Que tal si —partiendo de allá— le echásemos una mirada a la propia residencia? Muy famosas son las palabras de Eurípides, recogidas en el "Gorgias" (492e) platónico:

*¿Quién sabe si nuestra vida no es,
en realidad estar muerto, muerte, pero vida?*

La idea, también de origen órfico, no es casualmente combinada por Platón con el problema de la auténtica eudemonía.

De tantas cuestiones de última trascendencia no sabemos hoy mucho más que entonces. Lo que diferencia a lo vivo de lo inanimado, podemos decirlo. Ahora bien, sobre lo que tras el ente se oculta, si es algo muerto o algo vivo, o algo espiritualmente vivo, hay, por cierto, opiniones y asertos, pero ningún saber seguro.

Y, sin embargo, después de dos milenios de influencia cristiana a nadie le asombraría ya una cita como la siguiente:

*¿Quién sabe si en el adiós a un ser querido
es el dolor nostalgia solamente
y es sólo repatriación la muerte misma?*

Sigamos. Cuando en el que vive queda una nostalgia infinita, ésta contiene la querencia de *este* uno, de *esta* individualidad. Nuestra preocupación por las categorías general e individual, comunidad e individuo, todo y parte, podrán intranquilizar seriamente al pensador terrenal. A quien se encuentra sobre la frontera, sobre la linde, no le faltarán fe ni ánimo para suponer que la conservación de la individualidad en lo metafísico no puede tropezar con mayores obstáculos que la de lo general lógico, lo colectivo o la totalidad. Sobre esta linde, sobre este límite, esa fantasía madre del mito podrá desdoblarse en la fronda poética más generosa. Lo *dado*, sin embargo, es, para nosotros, el dolor metafísico como una especie de nostalgia. Reprimir la auténtica nostalgia, es imposible. Ni sería cosa buena. Pues en la nostalgia fulgura un rayo de la suprema estirpe y la más hermosa preclaridad del alma humana.